

HISTORIAS DE ABUELAS

CLARA JURADO FUE UNA DE LAS FUNDADORAS DE LA ASOCIACIÓN. AUNQUE YA NO ESTÁ ENTRE NOSOTROS, FUE EJEMPLO DE PERSEVERANCIA Y LUCHA

SU HIJO CARLOS MARÍA ROGGERONEY SU NUERA, MÓNICA SUSANA MASRI, EMBARAZADA DE DOS MESES, FUERON SECUESTRADOS EN ABRIL DE 1977. ESTA INCANSABLE LUCHADORA MURIÓ SIN PODER CONOCER A SU NIETO NACIDO EN CAUTIVERIO, PERO SUS COMPAÑERAS LO SIGUEN BUSCANDO.

Por Luciana Guglielmo

"El ser humano sabe hacer de los obstáculos nuevos caminos porque a la vida le basta el espacio de una grieta para renacer..."

La resistencia-Ernesto Sábato

Clara fue una de las tantas abuelas a quien la vida no le dio la oportunidad de abrazar a su nieto. Pero alguna vez alguien dijo que una persona nunca muere si su recuerdo vive en los que quedan, y Clara es una llamita que arde en cada rincón de la casa de las Abuelas y en el corazón de todas sus compañeras de lucha que siguen en la búsqueda de aquellos niños, hoy ya hombres y mujeres, que les fueron arrebatados durante esos años de oscuridad. Y en alguna pared de este hogar lleno de abuelas, nietos que van llegando, puede verse la imagen en blanco y negro de esa mujer valiente marchando con un cartel que dice: "¿Dónde están los centenares de bebés nacidos en cautiverio?"

Clara

Fue una de las 12 Abuelas fundadoras, una de aquellas mujeres que se reunía con "las chicas" en la confitería Las Violetas donde se juntaban para festejar cumpleaños y despedidas ficticias mientras armaban y firmaban cartas para presentar ante la justicia. Así empezaría este camino que ya lleva casi 30 años y si bien algunas abuelas ya han partido, las que quedan siguen andando junto a los nietos que ya recuperaron su identidad y se van sumando a la gran familia.

Quienes tuvieron la oportunidad de conocerla, cuentan que Clara era una gran compañera y amiga; una mujer fuerte con un corazón enorme y generoso. No faltaba nunca a ninguna marcha y siempre las encabezaba llevando algún cartel en sus manos. En todos esos años nunca perdió la sonrisa y siempre decía: "que no nos vean llorar", para no mostrarse débiles.

Esta abuela era una de las primeras en llegar a la Asociación y una de las últimas en irse a su casa de Belgrano. Con cada restitución se ponía muy feliz y le decía a Raquel—otra abuela histórica—"ya nos va a tocar". Su infancia fue muy humilde. Luego se casó y tuvo un único hijo, Carlos María; su esposo falleció a los 9 meses de nacido el bebé, así que esta mujer, ofició de madre y padre al mismo tiempo. Amaba profundamente a su hijo y no tenía más que palabras de admiración hacia él.

El miedo no fue un obstáculo para ella en el momento de salir a la calle a buscar a su familia. A pesar de las amenazas telefónicas y las pintadas en el frente de su casa "Madres Terroristas" y "Madres de Terroristas", ella siguió adelante. Ya no tenía más nada que perder.

Su lucha

Carlos María se casó con Mónica Susana Masri, una jovencita judía que



Clara en una de las primeras exposiciones de Abuelas.

luego de contraer matrimonio se distanció de su familia, ya que ellos estaban en desacuerdo con la relación. Ellos eran muy felices y por ese entonces, Mónica estaba embarazada de 2 meses. Desaparecieron el 12 de abril de 1977. Se había tratado de un operativo conjunto del ejército y la policía. Le presentaron las credenciales al encargado del edificio donde vivía la pareja y se hicieron abrir la puerta del departamento, porque en ese momento no había nadie. Los esperaron. Eran como 16 personas: dos, estaban en la vereda de enfrente del edificio, otras tres en el hall, otros en el piso 14 y otros en el departamento. Cuando llegó Carlos, le pidieron los documentos y subieron con él en el ascensor. Ahí estuvieron todos hasta las 22:30, hora en que llegó Mónica. También a ella la detuvieron y la llevaron para arriba. Al rato, los sacaron encapuchados. Unos amigos de la pareja fueron los que le avisaron a Clara tres días después del hecho. Se dirigió al departa-

mento y allí se encontró con el encargado quien le dijo lo que había pasado con Mónica y Carlos María. Ellos lucharon por un mundo mejor. Su hijo, era jefe de producción de la empresa donde trabajaba, y defendía a sus propios obreros. Después de cumplir allí con sus tareas, iba a las villas y enseñaba a leer y escribir.

A partir la desaparición, Clara comenzó a golpear puertas buscando alguna respuesta. Pero todos le dieron vuelta la cara, como le pasó a tantas abuelas que aún no sabían que otras mujeres estaban pasando por la misma situación.

Todo lo hizo sola, ya que con la familia de su nuera nunca pudo contar. Desde ese momento pidió licencia anual en su trabajo y comenzó la búsqueda.

Ella creía que sus hijos volverían de un momento al otro. Terminó de pagar el departamento—ayudada por su familia— porque pensaba que al volver los chicos ya tendrían su propiedad escriturada, la podrían vender y con

ese dinero se podrían alejar del país. Además, con su esperanza intacta, estuvo un mes y medio cocinándoles todas las noches a los chicos, para que cuando llegaran encontrarán comida caliente preparada. Les compró cigarrillos, para que tuvieran para fumar, por si llegaban a una hora en que los kioscos estuvieran cerrados.

Dos de las tantas puertas golpeadas...

Después de desaparecida su familia, Clara visitó a mucha gente. En esa búsqueda, conoció a Moseño Graseilli y a Italo Luder. En vida, esta abuela dio testimonio de esas experiencias y esto decía al respecto: "A los 20 días, más o menos, me dijeron de monseñor Graseilli. Lo fui a ver al Edificio Libertad. Me recibí bien, me calmó—yo estaba muy nerviosa y lloraba mucho— me dio esperanzas, me dijo que los chicos ya iban a aparecer, que él iba a averiguar su paradero. Incluso, como me vio muy mal, me dijo que cuando volviera no subiera las

escaleras, que le mandara avisar, que él iba a bajar. Volví a los pocos días. Me miró y me dijo:—Señora, ¿tiene dinero encima? ¿Tiene como para tomarse un taxi hasta su casa? Yo, muy sorprendida, le pregunto por qué.—Porque—dice— sus hijos ya la han de estar esperando allá. Me fui volando... pero... llegué y no había nadie. No había nadie ni llegó nadie. No sé por qué lo habrá hecho ese hombre. Cuando lo comenté con las Abuelas, me dijeron:—A otras les ha dicho que sus hijos están muertos, así que... Al tiempo, recibí una carta muy amable de Graseilli, donde me decía que pese a todos sus esfuerzos no había podido encontrar a los chicos, que tuviera fe en Dios. Yo me he criado en colegios de monjas, con temor de Dios y sintiendo respeto por el sacerdocio, viendo en los curas a los representantes de Dios. Ahora, estoy decepcionada. La verdad, no sé si existe un Dios. Jugaron con mis sentimientos".

En esos días, además, había tenido noticias de mi hijo y de mi nuera, las únicas que tuve en todo este tiempo: los habían visto en un lugar que no podían individualizar, el embarazo de Mónica seguía adelante y la habían puesto a realizar tareas de oficina. Según mi informante telefónico, estaban a punto de salir en libertad. Después, silencio total... Continué, sin embargo. Andaba por las calles, como obnubilada, de un lado a otro. En una de esas caminatas, levanté la vista y encontré una chapa de abogado, la de Luder. Toqué el timbre, así, a pura audacia. Luder me atendió. Dijo que sentía mucha pena por mi caso y lamentó aún más lo de mi nieto. Pero aprovechó también para agregar que si no hubiera sido por la subversión el país no hubiera llegado a donde estaba. Terminó dándome una recomendación: que no me uniera ni a las Madres, ni a los Familiares. Que no me uniera a ningún grupo, porque eso iba a ser muy perjudicial para mis intereses. Yo le dije:—Doctor, si el 17 de octubre la gente no se hubiera unido y movilizado... no habría habido 17 de octubre... No me contestó... Bueno, esos fueron los consejos que me dio Luder. Yo no le hice caso. Fui a la Plaza. Y me transformé en una de las fundadoras de las Abuelas".

En aquel momento se supo que Carlos María y Mónica fueron vistos por sobrevivientes del centro clandestino de detención "El Campito" ubicado en la guarnición militar de Campo de Mayo. Luego no se recibieron más noticias al respecto hasta el día de hoy. Pero a pesar de que Clara ya no está, la búsqueda continúa con la misma intensidad que en esos años. Seguramente cuando el nieto de Clara entre a la casa de las Abuelas, habrá recuerdos que lo abracen y le den la bienvenida, habrá también gente que le hable de su abuela y de la incansable lucha que llevó adelante hasta el último día de su vida; y siempre con una sonrisa.